

Marta Santa - Olalla de Muñoz

El incidente Luis Sagi-Vela - Marta Santa-Olalla hizo asomar a las planas de los grandes rotativos la figura gentil de la inolvidable intérprete de «Cristina Guzmán».

Una vez renacida la calma, lejos ya de la Audiencia, del asedio de los fotógrafos, de las preguntas no siempre discretas de los periodistas... nos decidimos a solicitar una entrevista a la popular y relevante cantante y actriz.

El hilo telefónico me pone en contacto con el hogar de los Muñoz. Una voccecita infantil contesta a mi llamada. A través del aparato oigo pasos precipitados y enseguida la propia voz de Marta Santa-Olalla que pregunta:

—¿Quién es?

Expongo mi propósito y ella en principio se niega. Tengo que prometerla que no tocaré para nada el punto Sagi-Vela. Hay un leve silencio. Al fin dice:

—¿Le parece bien las cuatro y media? Quería «salir de tiendas» y tengo que aprovechar las ausencias de Marta María. Que este año va por primera vez al Colegio.

* *

Las dos fuimos puntuales (cosa rara, al menos por mi parte). Nos encontramos en el ascensor. Y nos reconocemos mutuamente en el acto. Extremo que provoca nuestra hilaridad. Marta, sin perder el aire juvenil de la traviesa colegiala que dió vida en «Los millones de Polichinela», tiene hoy un aspecto más reposado y señorial. Viste un traje de chaqueta negro de línea impecable. El bolso y los zapatos de piel y un breve sombrerito, también negro y sin adorno alguno, sobre sus cabellos oscuros, de anchas ondas naturales. La sobriedad del conjunto queda rota por un echarpe de piel, elegante con exquisito gusto.

Marta Santa-Olalla hace uso de un llavín para entrar en su piso. Me introduce en una salita de recibir más bien pequeña, pero muy bien puesta. Y me deja unos minutos sola, para «ponerse más cómoda». Momentos que yo aprovecho para curiosear. Hermosos cuadros

— acuarelas y oleos — adornan las paredes. Me llama la atención particularmente uno en el que me parece reconocer a Carlos Muñoz (el marido de Martita), que aparece caracterizado de algo que no logro definir. Es un estudio bello y extraño, firmado por Goico - Aguirre. A ver si no se nos olvida preguntar a la dueña de la casa de que se trata. También nos llama la atención un pequeño piano. Sobre él una fotografía de Marta Santa-Olalla, en la cual está bellísima. A ella hacemos referencia al entrar nuestra anfitriona, que se ha despojado de la chaqueta y luce ahora una preciosa blusa de encaje blanco.

—¡Ah! Es que esa «foto» nos dice con toda sencillez Martita y como respuesta a nuestras frases admirativas - es de cuando era joven y «hacia cine».

—¿Muchas películas en su haber?

—Unas veinte.

—¿De cual guarda mejor recuerdo?

—De «Cristina Guzmán». Más por un motivo sentimental que artístico. Pues al concluir esta cinta comenzó mi noviazgo con el que hoy es mi marido. Artísticamente, también creo que ha sido el papel que más posibilidades de lucimiento me ha deparado. Aunque siempre pienso que si hoy la volviese a interpretar, lograría mayor cantidad y calidad de matices. ¡Oh!, los años. Nos quitan mucho, pero a veces nos dan más.

—¿Cuántos tenía entonces?

Diecinueve. El doble personaje que interpreté representaba muchos más.

—¿Gusta de verse en sus actuaciones?

—¡No! ¡Jamás! Soy muy exigente conmigo misma y siempre me califico con cero. En cambio, Carlos, en mi opinión, ha tenido actuaciones inmejorables.

—Ya que hablamos de su esposo. Satisfágame una curiosidad.

—¿...?

—¿Qué es esa pintura? digo, refiriéndome al cuadro que adorna la salita y al cual ya hice referencia al principio.

—Ese es mi marido en su caracterización de Becker.

—¡Pero yo encuentro algo raro!...

—Sí, que está sin concluir por que así lo requería la ambientación de la película «El Huésped de las Tinieblas», film que Carlos protagonizó. Su autor, Goico-Aguirre, se lo dedicó después a mi esposo. Es una de las cosas de la casa por la que siento una mayor predilección. Bueno, mis preferencias se las lleva el piano. Es un instrumento antiguo que, por no cruzado, se me desafina con harta frecuencia. Pero yo le profeso un gran cariño.

—¿Qué descubrió primero, sus dotes de actriz o de cantante?

—Verá. Esto tiene su buena historia

—¿...?

—Yo soy sobrina de la gran Marta Grau y bajo su iniciación cursé estudios en el Liceo e Instituto del Teatro de Barcelona.

—¿Usted es catalana?

—No. Madrileña; pero criada y educada en Barcelona.

El inciso despista un poco a Martita y yo la ayudo.

—Me decía que había cursado estudios...

—¡Ah, sí! Bien, pues un día me dí cuenta de que mi carrera estaba en la escena. Me ví impuesta en la técnica declamatoria y del teatro en general, pero juzgué a mi voz pobre e insuficiente y consideré necesario tomar unas clases de impostación y canto. Y surgió lo imprevisto: mi voz. Que hoy me permite abordar el género lírico en todas sus manifestaciones.

—¿Su maestro?

—Fué el gran Eladio Chao. Hoy lo es su viuda, la inconmensurable Carlota Dahmen. A quien tanto admiro.

—Pero, ¿sigue usted estudiando?

—Continuamente. Yo he llegado a lo que soy por tesón. La naturaleza, si no me la negaba, al menos me ocultaba esta faceta artística.

—¿En público, actuó usted antes como actriz, no?

—Mis comienzos fueron en el doblaje. Tengo en mi haber casi todas las películas de Diana Durbin. Y como consecuencia de ello pasé al cine directo. Hice sobre unas veinte películas, como ya le he dicho. Y después de un breve descanso pasé a la escena, para hacer teatro clásico, en compañía de Alejandro Ulloa. Al mes siguiente de terminar mi contrato con esta Compañía se realizó mi boda. Justo epílogo a un noviazgo de cinco años.

—Les dió tiempo a conocerse bien.

—Desde luego. Pero por nuestros compromisos artísticos hemos sido largas temporadas novios y aun esposos por carta.

—¿No piensan ustedes formar su compañía?

—Somos muy prácticos. Eso que usted propone es muy peligroso económicamente hablando. No olvide que tenemos una hija por quien mirar.

—¿Qué edad tiene su pequeña?

—Cinco añitos. Nos nació a los tres de matrimonio. Este es el primer año que va al Colegio. Y no quisiera usted ver el interés de su padre por los estudios de la hija. Carlos es esencialmente bueno. Siento que no le conozca. Pero esta temporada se pasa las tardes metido en el teatro.

—¿Volverá usted a actuar?

—Eso espero, Dios mediante.

—¿Y dónde?

—Ahora todos mis proyectos van hacia lo lírico. Tal vez regrese a Londres para actuar en la radio y televisión o me incorpore a la Compañía de Marcos Redondo como su oponente. No sé. Lo más próximo que veo es un concierto en el Liceo de Barcelona.